

Rutas de Santiago Barra

Escrito por Santiago Barra
viernes, 01 de febrero de 2008

PRINT EMAIL

GUADALAJARA, 02-02-08

Viana-Barranco del Pradillo

Roca viva en la Sierra de la Muela



El Pradillo es un barranco encantado formado por paredes verticales de más de 80 metros. Estamos en los dominios de los ríos Henares y Salado. En lo más alto, sierras escarpadas y bravías donde sopla el aire con fuerza y cae inclemente el sol en el verano. Tierras de especies fuertes, que no necesitan de nada, como la sabina, un árbol que crece en cualquier parte, entre las piedras, y no hay viento que lo doble. Los valles son anchos, ganados al monte para la agricultura, y discurren junto a los cauces de los ríos y los arroyos. En la Sierra de la Muela, en el término de Viana de Jadraque, hay un barranco al que llaman del Pradillo, de apenas dos kilómetros de largo, encajonado entre paredes verticales de roca caliza, de unos 80 metros de altura, que la erosión ha modelado a su gusto en figuras sugerentes que hacen volar la imaginación.

Texto y fotografías: Santiago Barra



En la carretera de Sigüenza hay un cruce a la izquierda que nos lleva por una sucesión de curvas y cuestas hasta el pueblo de Baidés. En un primer momento atravesamos un monte tupido de carrascas y alguna encina, aunque según vamos bajando el paisaje se abre a medida que entramos en el valle del Henares.

La línea del ferrocarril cruza Baidés de punta a rabo. Yo diría incluso que la presencia del ferrocarril en Baidés es omnipresente, tanto o más que la iglesia que se alza en lo alto del pueblo. El ferrocarril fue muy importante en el desarrollo y el comercio de los pueblos del Henares, aunque ahora, con la reducción de su paradas, apenas queda el ruido y la estética de ver pasar el tren. Baidés es atravesado además por un joven Henares, de aguas limpias, que apenas cubre hasta las rodillas.

Dejamos el cauce del Henares y continuamos en dirección al Salado, tributario del anterior. Viana de Jadraque está más cerca de Sigüenza, pero se llama así porque en el siglo XV pasó a depender de la villa de Jadraque, incluyéndose en su sesmo del Henares. Antes lo fue del Común de Atienza. Son estos parajes de un gran trasiego de civilizaciones, por su situación estratégica, y en ellos se han encontrados necrópolis celtibéricas y también restos arqueológicos de la Hispania romana.

El caserío de Viana se asienta en un cerrillo y sus casas, bien en piedra o repintadas, lucen colores suaves. Tiene una iglesia sencilla, con espadaña para dos campanas.



Para dirigirnos al barranco del Pradillo hay que seguir por la calle donde está la parada del autobús, en la primera plaza que nos encontramos nada más llegar al pueblo. Cuando acaban las calles de Viana hay un cruce de barrancos: a la derecha está el de Valdejudíos y a la izquierda la pista que nos llevará hasta el barranco del Pradillo, a través de una vega ancha y suave. La pista tiene unos dos kilómetros y se puede recorrer bien andando o en coche. El recorrido que haremos luego por el barranco tiene un kilómetro y medio, así que toca elegir en función de las ganas de andar que tenga cada uno: Dejar el coche en Viana o acceder con él hasta las inmediaciones del barranco.

La pista forestal termina en la Fuente del Pradillo, un área recreativa con mesas y bancos de piedra que está junto al diminuto arroyo del Prado. Un lugar ideal para despachar una buena tortilla de patatas cuando regresemos de la caminata.

En una esplanada que hay junto a la pista que se dirige al barranco, vemos casi dos docenas de coches, todos ellos con matrícula de Madrid. ¿Pescadores? ¿Cazadores? Nos quedamos con la duda.

El camino es llano, apto para todas las edades, y como el día es soleado, la marcha se hace agradable. En Guadalajara, prefiero evitar cocerme en desfiladeros y barrancos en los meses de verano. Es mejor el invierno y la primavera, porque aunque haga viento, en la hondonada vas protegido.



Una pared en vertical de roca caliza obliga a la pista a girar, a la derecha, noventa grados. Inmediatamente, nos encontramos con una pradera natural, que se desliza por una ladera, de un color verde oscuro que tomará a amarillo quemado cuando lleguen los calores. Los excrementos delatan que las ovejas comen en ella con gran placer. Junto al camino se yergue altiva una sabina solitaria. A medida que vamos andando, la roca caliza, de colores grises y rojizos, se aprecia cada vez más erosionada y nos va ofreciendo los resultados y la imaginación hace el resto. No tengo la menor duda de que en la pared que vuelve a cerrar el camino, alguien ha esculpido la cara un indio de las praderas. Por ver, veo hasta la cinta del pelo.



Cuando apenas llevamos recorrido medio kilómetro, descubro que los coches aparcados en la esplanada no son de pescadores. Tampoco parecen cazadores. Son escaladores de grupos de montaña de Madrid, que tienen en este barranco uno de los mejores lugares para iniciarse en la práctica de la escalada en roca. En el Pradillo se va cogiendo maña y maneras, y luego irán a la Pedriza; y a otros lugares de mayor dificultad.

Los escaladores están por todos lados. Por grupos y en parejas. Niños, jóvenes y talluditos. Según los niveles de cada uno, se atreven con una pared o con otra. Las hay de todas las medidas, proporciones y alturas. Desde cinco a ochenta metros.

Un tipo con pinta de monitor, o por lo menos de ser todo un entendido, sujeta la cuerdas de seguridad a una chica de unos veinte años, que se afana en encontrar las grietas y salientes precisos para escalar una pared de poco más de cinco metros. No es la primera vez que se ha visto en una parecida, pero tiene todo el aspecto de no llevar más de tres escaladas. Se le ve con ganas y desde abajo recibe los consejos de rigor cuando aparece atascada:

-Mete la mano. Haz fuerza con la pierna.

La chica llega por fin hasta lo alto de la roca y resume expresivamente su alegría:

-¡Jodeeer!

Lo consiguió. Al fin.



Los escaladores

Los escaladores están por todo el barranco, clavados a cualquier roca, y no parecen acoger con simpatía la presencia de un grupo de motoristas que profanan con sus gases y ruidos el santuario:

- Estos de las motos no hacen más que estropear el campo-, se queja a grito pelao el experto de la coleta, que tiene toda la pinta de ser socio de Greenpeace. El compañero de cordada, asiente y confirma con la cabeza mientras apaña un nudo.

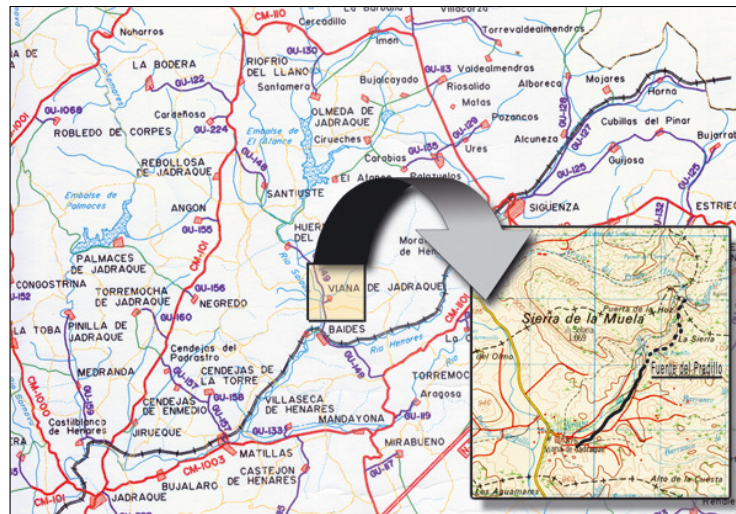
Yo sigo mi camino; y con mis visiones. Miro hacia arriba del desfiladero y ahora me parece estar viendo la cocina de los Picapiedra, en versión gigante. Tinajas, vasijas, recipientes... toda una cocina de los tiempos de Atapuerca.

El barranco se angosta hasta convertirse en un desfiladero en toda regla; y de nuevo se ensancha en su tramo final. Unos cercados para el ganado, al pie de dos grandes rocas, nos despiden de un paraje poco conocido por los guadalajareños, pero que merecería figurar entre los lugares de honor. De vuelta a la Fuente del Pradillo, otro madrileño con indudable aspecto de haberse perdido nos pregunta:

-¿Dónde están los del Ala Delta?

Me quedo perplejo y le respondo que alas y parapentes se lanzan, en Guadalajara, desde el cerro de La Muela, allá por Humanes.

El hombre, contrariado, mira un mapa gigante, de esos tipo atlas, señalándome que allí pone «Sierra de la Muela». Le aclaré el equívoco y se marchó contrariado hacia el cerro de La Muela.



En el mapa detallado se señala el camino entre Viana de Jadraque al barranco del Pradillo, a través de una pista de tierra que tiene unos dos kilómetros. El recorrido por el interior del barranco apenas nos llevará media hora, a pie. Bajo estas líneas, a la izquierda, cercados de ganado que encontraremos justo al final del camino por el barranco. A la derecha, el Henares a su paso por Baides.